

»—¡Cómo! ¡Aún hay más!  
 »—Lo que haya ó deje de haber, me lo reservo.  
 No me gusta comprometer á nadie.  
 »Y saludando con una sonrisa burlona, salió sin  
 más emoción, como actriz cuyo papel ha concluído.»

\*  
 \*  
 \*

Y el conde de L... añadió á guisa de moraleja:  
 —¡Fiense ustedes ahora de esa casta de pájaros!



BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN  
 "ALFONSO PATOS"  
 Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## IVELINA SAMORIS

LA condesa de Samoris.  
 —¿Esa señora vestida de negro que se distingue allá abajo?

—La misma: lleva luto por su hija, á quien mató.

—¡Cómo! ¡Qué me cuenta usted!

—Una historia sencillísima, sin crimen y sin violencias.

—Entonces, ¿qué hubo?

—Casi nada. Dícese que muchas cortesanas nacieron para ser mujeres honradas, y muchas



mujeres honradas para ser otras tantas cortesanas; ¿no es verdad? Pues bien; la señora de Samoris, que nació cortesana, tenía una hija que nació para ser una honrada mujer. Y sólo eso hay.

— Pues no le comprendo á usted.

— Trataré de explicarme.

»La señora de Samoris es una de esas extranjeras más ó menos auténticas que á centenares llueven sobre París todos los años. Condesa húngara ó válaca, ó no sé qué, apareció un invierno en un piso de los Campos Elíseos, ese barrio de las aventureras, abriendo sus salones á todo el mundo.

»Yo fui allá. Me dirá usted que á qué. No podría contestarle. Fui como vamos todos, porque se juega, porque las mujeres son todas de fácil adquisición y los hombres unos tunantes. Ya conoce usted esa sociedad de filibusteros con diversas condecoraciones, todos nobles, todos cargados de títulos, todos desconocidos en las embajadas, á excepción de los espías. Todos hablan del honor con cualquier pretexto, citan á sus antepasados, cuentan su vida, charlatanes, mentirosos, rateros, peligrosos como sus cartas, embusteros como sus nombres; la aristocracia de la cárcel, en una palabra.

»Yo adoro á estas gentes. Son interesantes para estudiados, interesantes para conocidos, divertidos en sus conversaciones, espirituales á veces, nunca banales como funcionarios públicos. Sus mujeres son siempre lindas, teniendo un pequeño sabor de tunantería extranjera y tal vez la mitad del misterio de su vida pasada en un correccional. Generalmente poseen soberbios ojos y cabellos inverosímiles. Las adoro también.

»La señora de Samoris es el tipo de estas aventureras, elegante, madura y hermosa aún, encantadora y felina; siéntesela viciosa hasta la medula. Gozábbase muchísimo en su salón; se jugaba, se bailaba, se cenaba...; en fin, hacíase todo lo que constituye los placeres de la vida mundana.

»Tenía una hija, alta, magnífica, siempre alegre, siempre pronta á divertirse, risueña siempre y muy aficionada al baile. Una verdadera hija de aventurera. Pero una inocente, una ignorante, una ingenua, que no veía nada, no sabía nada, no comprendía nada y no adivinaba nada de cuanto ocurría en la casa paterna.»

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Que cómo lo sé? Figúrese usted la historia

más extraña. Un día oigo llamar á la puerta de mi aposento, y mi ayuda de cámara entra y me dice que el señor José Bonenthal desea hablarme. Dije en seguida:

»—¿Quién es ese caballero?

»—No le conozco, señor; tal vez sea un criado.

»Era un criado, en efecto, que deseaba entrar á mi servicio.

»—¿De dónde sale usted?

»—De casa de la señora condesa de Samoris.

»—¡Ah! ¡Es que yo vivo de manera muy diferente que esa mujer!

»—Lo sé de sobra, señor; y por eso deseo entrar á su servicio; no quiero tratar más con esa clase de gente; se pasa por su lado, pero no se permanece junto á ellas.

»Precisamente me hacía falta un hombre y tomé aquel.

»Un mes más tarde la señorita Ivelina Samoris moría misteriosamente; y he aquí todos los detalles de esa muerte, que yo sé de labios de José, quien á su vez los había recibido de la doncella de la condesa:

»La noche de un baile, dos recién llegados habla-

ban detrás de una puerta. La señorita Ivelina, que acababa de bailar, se recostó en esta puerta á fin de que le diese un poco el aire. No la vieron aproximarse aquellos dos hombres; y decían:

»—¿Pero quién es el padre de la muchacha?

»—Un ruso, según cuentan; el conde Ruvalof. Ya no ve á la madre.

»—¿Y cuál es hoy el príncipe oficial?

»—Aquel inglés que está en pie junto á la ventana; la señora de Samoris siente una verdadera adoración por él. Pero sus adoraciones no duran nunca más de un mes ó seis semanas. Por otra parte, ya ve usted



que los amigos son muchos; todos son llamados... y casi todos elegidos. Eso cuesta algo caro... mas... ¡bah!

»—¿De dónde le viene ese nombre de Samoris?

»—Del único hombre tal vez á quien amó; era un banquero israelita de Berlín que se llamaba Samuel Morris.

»—Bien. Mil gracias. Ahora que estoy ya informado, veo claramente lo que aquí ocurre. Y no dejaré de ir siempre al grano.

»¿Qué tempestad estalló en aquella cabeza de joven, dotada de todos los instintos de una honrada mujer? ¿Qué desesperación trastornó aquel alma sencilla? ¿Qué torturas mataron aquella alegría incesante, aquella seductora risa, aquella radiante dicha de vivir? ¿Qué combate tuvo lugar en aquel corazón tan joven hasta el momento en que el último hubo partido? He aquí lo que José no podía decirme. Ello fué que aquella misma noche Ivelina entró bruscamente en el aposento de su madre, que se iba á acostar, hizo salir á la doncella, que no fué más allá de la puerta del aposento, y de pie, pálida, con los ojos agrandados, dijo:

»—Mamá, escucha lo que hace poco oí en el salón.

»Y refirió palabra por palabra lo que apuntado queda.

»Estupefacta, la condesa no supo al pronto qué responder. Luego lo negó todo con energía, inventó una historia, juró, puso á Dios por testigo.

»La joven retiróse trastornada, pero no convencida. Espió.

»Recuerdo perfectísimamente el extraño cambio que en ella se produjera. Sin cesar se la veía grave y triste, y clavaba en nosotros sus grandes ojos como para leer en lo profundo de nuestras almas. No sabíamos qué pensar de aquello, y se pretendía que buscaba un marido, bien definitivo ó bien pasajero.

»Una noche no le cupo ya duda: sorprendió á su madre. Entonces, fríamente, como hombre de negocios que establece las condiciones de un contrato, dijo:

»—He aquí, mamá, lo que he decidido: Nos retiraremos las dos á una casita con jardín, ó bien á una morada campestre, y allí viviremos sin ruido, como podamos. Sólo en alhajas tienes una fortuna. Si te puedes casar con un hombre honrado, mejor que mejor; y mejor aún si yo también encuentro un

esposo digno. Si no consientes en eso, me mataré.

»La condesa mandó á su hija á la cama y le prohibió repetir aquella lección, que sentaba mal en su boca.

»Ivelina añadió:

»—Tienes un mes para reflexionar. Si dentro de un mes no hemos cambiado de existencia, me mataré, pues ninguna otra solución honrosa le veo á mi vida.

»Y dicho esto se marchó.

»Al cabo de un mes, bailábase y se cenaba como siempre en el hotel de la señora de Samoris.

»Ivelina pretendió entonces tener un fuerte dolor de muelas, é hizo comprar en casa de un farmacéutico vecino algunas gotas de cloroformo. Al siguiente día repitió; ella misma, siempre que salía de casa, adquiría insignificantes dosis del narcótico. Así llenó una botella.

»Y una mañana encontrósela en su cama, fría ya, con una careta de algodón sobre el rostro.

«Su ataúd fué cubierto de flores y la iglesia colgada de blanco. Hubo mucha gente en la fúnebre ceremonia.

»Pues bien; de veras, si yo hubiera sabido—pero

nunca se sabe—, tal vez me hubiese casado con aquella muchacha. Era hermosísima.»

—¿Y qué ha sido de la madre?

—¡Oh! Ha llorado mucho. Ahora no hace más que ocho días que vuelve de nuevo á recibir á los íntimos.

—¿Y qué se dice para explicar esa muerte?

—Se ha hablado de una estufa perfeccionada, cuyo mecanismo se había estropeado. Como ya en otro tiempo hubo accidentes de esta índole, los cuales dieron, por cierto, mucho que hablar, la cosa no se ha encontrado inverosímil.

